

El museo de Hiroshima

SEGUN informaciones aparecidas en la prensa, este año se celebrará en Madrid una exhibición de objetos del Museo de la Paz de la ciudad de Hiroshima. El presidente de la Asociación para la conservación de materiales dañados por la bomba atómica, el señor Takumi Yokota, decía el otro día en una entrevista que esta es la primera vez que van a ser exhibidos fuera del Japón los materiales del Museo, y que la razón de haber elegido España, son palabras suyas, es "porque fue un país neutral y porque estamos seguros de que aquí no se va a politizar la exhibición". La sociedad que preside el señor Yokota no es una asociación política, aunque ha sufrido, dentro y fuera del Japón, los efectos de esa politización a que él se refiere. Conservar y exhibir las muestras de la pavorosa destrucción causada por la bomba que fue arrojada sobre Hiroshima en la mañana del 6 de agosto de 1945 no es una tarea política, sino sencillamente humanitaria y, estoy por decir, cultural, con la que se pretende contribuir al establecimiento de la paz en el mundo. La única politización ha venido del recelo con que los Estados Unidos, y también el gobierno proamericano del Japón, han venido siguiendo las manifestaciones de pacifismo inspiradas por el recuerdo de las bombas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki. He vivido durante casi tres años en el Japón y he tenido ocasión de visitar el Museo de la Paz y de ponerme en contacto con ese otro "museo" viviente formado por los miles de personas que sufren hoy todavía los efectos de la radiación.

El señor Yokota decía el otro día al periodista madrileño que le entrevistaba que "las presiones políticas en torno de este tema son tremendas en el Japón". Lo eran ya cuando estuve allí en los últimos años de la década de los cincuenta. Se observaba un interés por hacer olvidar la tragedia que tan fuertes sentimientos pacifistas inspiraba a los japoneses. Entre los que padecían las secuelas de la radiación había muchas quejas respecto de la escasa atención de que eran objeto y a la segregación social en que vivían. Recuerdo que había una polémica respecto de si debía o no reconstruirse el famoso Pabellón de Exposiciones Industriales, el edificio sobre el cual había estallado la bomba, cuyas ruinas se alzaban en la explanada donde se encuentra el Museo como mudo testigo de la explosión.

Apenas es necesario recordar las cifras de las víctimas de Hiroshima y de Nagasaki. El bombardeo del día 6 fue más mortífero que el del día 9, porque la bomba de Nagasaki cayó en un barrio extremo de la ciudad, precisamente en el barrio católico, donde se encontraba la catedral de Urakami. Se hablaba de que había habido unos setenta mil muertos y unos cincuenta mil heridos en Nagasaki. En Hiroshima, la cifra de muertos ascendió a cien mil, y a setenta mil el número de heridos. Cuando visité la ciudad me dijeron que unas cien mil personas estaban sufriendo por entonces todavía, en mayor o menor grado, los efectos de la radiación. Ahora, quince años después, muchas de esas perso-

nas habrán muerto. Pero había entre ellos muchos jóvenes y niños, y se hablaba también de que la radiación pudiera tener secuelas genéticas. La situación en que los supervivientes de Hiroshima vivían, y viven todavía, era dramática. Estaban segregados, sin contacto alguno con los que no sufrieron la radiación. Les era difícil encontrar trabajo, y tenían que casarse entre ellos. Se promulgó una ley para dar tratamiento médico a los supervivientes. En un artículo que lei entonces, publicado por la revista "Nippon", el director del Instituto de Patología Social decía que se habían extendido 190.000 carnets de tratamiento. La atención que se les prestaba era deficiente, y se habían creado varias sociedades de beneficencia privada para atenderles. Padecían leucemia, enfermedades de la piel, quemaduras, agotamiento crónico. En la explanada del Museo de Hiroshima había varias personas que habían sufrido el bombardeo y se dedicaban ahora, para ganarse la vida, a un pobre comercio, dábamos, "turístico" de venta de piedras calcinadas, hierros retorcidos o trozos de "lava" que



dejó la bomba en la ciudad asolada. Hablé con uno de ellos, un hombre de unos treinta años, que me vendió algunas muestras de la destrucción de Hiroshima y me mostró las horribles quemaduras que tenía en la espalda y en los brazos. Me dijo que había sufrido diecisiete operaciones.

El Museo de la Paz, algunos de cuyos objetos van a ser traídos, al parecer, a España, reúne varios miles de piezas y fotografías. El edificio del Museo se levanta en medio del llamado "desierto atómico", en el cual, a pesar de lo que se había supuesto en un principio, crecieron plantas y árboles. Al lado del Museo está el hotel New Hiroshima, y, enfrente, el monumento a las víctimas, una forma estilizada, casi abstracta, que recuerda una casa, bajo la que está la urna que contiene los nombres de las víctimas del bombardeo. La inscripción en esta urna es enormemente expresiva del sentimiento de culpabilidad que invadió a los japoneses después de la guerra, un sentimiento, por otra parte, hondamente enraizado en la cultura del Japón. Dice así: "Descansad en paz, porque el error nunca será repetido".

Las fotografías que se exhiben en el interior del Museo constituyen lo que suele llamarse una visión dantesca. Unas muestran cómo era Hiroshima antes del bombardeo.

Otras recogen escenas del bombardeo mismo. La mayoría son de personas muertas o heridas por la explosión, y muestran horribles deformidades—recuerdo ahora la cara de la mujer cuyos ojos habían descendido a la altura del labio superior— y tremendas quemaduras. Los objetos que allí se recogen nos dan una idea aproximada de los estragos que causó la bomba. Hay una bicicleta totalmente retorcida y fundida hasta convertirse en una bola de metal; una caja de bebidas gaseosas que es un mazacote de cristal y madera quemada; un despertador detenido a la hora exacta de la explosión, las 8,15 de la mañana; una sandalia en la que quedó "fotografiado" el pie de quien con ella se calzaba. En una fotografía puede verse la "sombra" que una persona, al ser aniquilada por los rayos de la explosión, dejó en una escalera de piedra. La colección de figuras de yeso muestra muchos detalles importantes respecto de los daños sufridos y los materiales textiles que mejor resistieron la acción de la radiactividad. Hay, finalmente, masas informes acaso de ladrillos fundidos, tierra calcinada, piedras, cristales o metal, pero que no se puede afirmar con certeza a qué objetos corresponden o si contienen restos humanos en su magna.

Hacia buen tiempo y el cielo estaba despejado en la mañana del 6 de agosto. Tres bombarderos B-29 (los japoneses les llamaban "B-san", es decir, "señor B", manteniendo las formas de su tradicional cortesia) se acercaron a Hiroshima volando en dirección Nordeste, a unos 8.500 metros de altura. Uno de ellos paró sus máquinas y planeó sobre el centro de la ciudad. Dejó caer la bomba, giró a la derecha y se alejó. La bomba, en su caída, trazó una columna de fuego. La explosión se produjo a unos 570 metros sobre el Pabellón de Exposiciones Industriales de que antes hablaba, y originó una bola de fuego de 60 metros de diámetro, que enviaba llamaradas pardas a gran velocidad contra el suelo. Un 40 por 100 de la ciudad quedó así expuesta a la acción radiactiva. Después de formarse el hongo atómico, que ascendió hasta la estratosfera, empezó a caer una lluvia fangosa que inundó el suelo de Hiroshima de radiactividad, debido a la condensación originada por el calor. Las ondas de expansión aplastaron los edificios en tres kilómetros a la redonda. La ciudad entera se incendió. Veinte minutos después de la explosión toda la ciudad estaba en llamas, a lo que contribuyó, sin duda, el viento huracanado que la siguió. Nadie pudo entrar el primer día en la ciudad, donde reinaban la confusión y el pánico. Los heridos estuvieron abandonados a su suerte durante ese horrible día, sin que pudiera prestárseles ayuda. Más de la mitad de los médicos y de las enfermeras de la ciudad murieron o quedaron gravemente heridos en el bombardeo. Hiroshima ardió durante tres días, y los rescaldos duraron más de una semana.

La historia es conocida. Por primera vez, algunos de los materiales y fotografías del Museo de Hiroshima van a ser mostrados fuera del Japón, a fin de que no se olvide que alguna vez la humanidad pudo sufrir este infierno. ■ LUIS CARANDELL.